

SAS Sanitarios

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

SAS Sanitarios (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Debo comenzar este manuscrito haciendo una formal declaración acerca de los usuales deberes de los miembros del consorcio, y cómo los caminos de la convivencia que tendrían que ser civilizados contienen todo tipo de atropellos. Estamos preparados para el silencio, para ignorar lo malo (tal vez, porque de lo contrario apretaríamos el gatillo de una pistola a cada instante). Plantearé este problema con la idea que mis reales quejas queden asentadas y evitar irreverentes reposiciones. Pido discreción, porque es aclaró que tengo una hija de siete años y no quiero que se entere de esto.

Contaré sin alterarme (al menos gravemente), ésta historia de la familia Waichman en tercera persona, obviando hablar de la niña que nada sospechó de lo que había ocurrido. Si me siguen, verán como que quien tenía gran lucidez, termina sin entender nada. El quid de esta carta se basa en que, para funcionar, lo engañoso requiere de registros imaginarios, y un hombre desesperado no puede hacer otra cosa que ir hacia donde lo dirigen.

Comenzaré con el angustiado llamado que hizo Marianela, la esposa de Abel Waichman, a la empresa SAS Sanitarios que prestaba servicios de plomería al consorcio en que se incluía su departamento. Fue algo sencillo que dedujo sin medir consecuencias. Lo hizo de un modo gentil, más próximo a la buena voluntad que a la desesperación. Creyó que se trataría de una gestión cotidiana, aunque ella había pasado por las agitaciones del que está sufriendo.

Todo comenzó cuando la zona del baño que bordeaba al inodoro se llenó con agua. Esta surgió contrariando su destino original de desagotarse en cloacas alejadas. La señora Waichman no tardó en identificar al problema: no sólo el agua no bajaba por los caños, sino que desembocaba afuera, dejando pestilentes detritus en el suelo. Y algunos de esos indiferenciados chorros llegaban a tocar las alfombras de los cuartos. ¡El universo, de repente, había conspirado contra ella al mostrarle su peor rostro! Marianela en un gesto de desazón enlazó sus manos: ese calificado apremio debía ser tratada con rapidez o al menos con animosidad... pero no lo podría subsanar fácilmente puesto que era la tarde del sábado, y cómo día no laborable no encontraría a alguien

especializado en destapar cañerías. Sin embargo, su pulsión por la higiene era furiosa y hasta inexorable. ¿Quién dictó la insensible ley que no permite trabajar los fines de semana?

Mariela Waichman, en ausencia de su juicioso y risueño esposo, Abel, decidió tomar al toro por las astas, y sosteniendo la hoja de liquidaciones de gastos mensuales que era entregada a cada propietario o inquilino del consorcio, leyó que, en caso de emergencia tenía el derecho de convocar a la empresa SAS Sanitarios cuyo número de teléfono se destacaba en negritas. ¡Bastaba una sombra de entendimiento para entender que lo que decía la primera sentencia de ese párrafo, se correspondía con exactitud con lo que estaba pasando en ese instante! Y así los llamó Mariela quién nunca tuvo empacho en defender sus intereses, ni soportaba las horribles alteraciones producidas por los desastres domésticos. Esa mujer siempre supo ser lógica cuando era casi imposible serlo... pero pese a su tranquila apariencia resultaba difícil describir el estado de ansiedad en que se encontraba. Toda vez que alguien se distrae siendo un poquitito feliz, surge un problema del que antes no había tenido noticias.

Llamó por teléfono, denunciando la grave falla que sufría (con detalles que no le parecieron excesivos), y SAS Sanitarios se comprometió a enviar de inmediato un operario que respondería al nombre de Ricardo Rojas; y su única peculiaridad será la de llamar a su puerta. No hubo que hacer una retorcida negociación ya que la empresa rápidamente reconoció que la mujer tenía un problema, y sería absurdo si ellos no cumplieran con sus funciones. Por suerte no fueron muchos los minutos que Mariela tuvo que esperar, y a ese corto tiempo lo aprovechó para razonar qué con un cordial lenguaje había hecho una indispensable apertura y abolido cualquier inhibición para actuar.

Sonó el timbre, y abrió la puerta a un hombre que se movía sin inmiscuirse en distracciones, y desde "el vamos" sopesaba las posibilidades que encontraría. Sin pretensiones exorbitantes, enseguida notó al pobre estado que tenía el alma de esa mujer. Ricardo Rojas no tardó en revisar al baño y aludió a lo que acontecía sin atenuantes: el inodoro estaba tapado, y por esa cuestión no le correspondía al consorcio responder monetariamente. Antes que el ambiente colapsara, le correspondía a la señora pagar o asumir las consecuencias. Se lo dijo sin piadosas interferencias y con sólidos conocimientos técnicos... no hubo cautela en sus palabras, sino que reflejaron la inflexible realidad.

Sin embargo, Ricardo dijo que en él era congénito el ejercicio de la bondad, y le propuso a Mariela arreglarlo (había traído el suficiente instrumental para hacerlo), y pasar la cuenta de ese trabajo a la Administración, aduciendo que ese arreglo se trataría del encauzamiento de las aguas de una columna comunitaria que estaba obstruyendo indebidamente a esa porción de su propiedad. Como caballero le estaba

dando prioridad, más allá de los furibundos quejidos que podrían salir de su jefe... y reforzó la verosimilitud de su propuesta haciendo un chasquido con la lengua que exageraba la gravedad de la situación. ¡El agua sucia ya había formado un cuerpo independiente semejante a los peores cataclismos que de a ratos fomenta la naturaleza! Mariela sólo tenía que firmar la orden y si quería, darle una propina que no sería más que su elemental muestra de gratitud... o la exteriorización de sus sentimientos solidarios, o lo que sea. Él apreciaría su identificación con ese trabajo tan comprometido; para él ese gesto simple era la amorosa energía que lo movía.

La mujer observó las tórridas suciedades corriendo por el piso y no dudó: impondrá esa cuenta al consorcio, cuestión que no sentía como una contradicción auténtica. Tenía multitud de razones para endilgar a sus vecinos la presencia de esa "materia oscura" fuera de las paredes de losa de su inodoro. Únicamente y para no ser tenida como tacaña le preguntó cuánto era (de manera general), la cifra que se ajustaría a una propina razonable. Lo hizo de una manera casual, siguiendo una cadencia muchas veces repetida. Ricardo Rojas escuchó aquello de manera desinteresada y en los primeros segundos no dejó flotando en el aire una respuesta. En cierta forma parecía afligido por tener que hacer esa clase de comentarios, pero ante la especificación exigida por la mirada de la mujer, y dándole a aquello una fugaz relevancia, determinó con una zalamera sonrisa que rondaría los quinientos pesos. Esa era la cantidad que le daban las personas en promedio, y recibía como un mal necesario. Lo que sí destacó especialmente, fue que ese pequeño acto solidario debía mantenerse en la más estricta reserva. Nadie debía enterarse el día de mañana que él hacía esos favores, porque podría ganarse grandes enemigos. La luz del tocador le daba un fuerte brillo a su frente mientras articulaba sus labios para decir eso.

Entusiasmada, Marianela asintió, y una vez que el operario destapó al retrete y glorificó a la higiene durante un sensiblero minuto, se sintió liberada de tanta repugnancia, y tomando lo que de ninguna manera creyó que sería una extravagante decisión, le dio ochocientos (itrescientos pesos más!) con una sonrisa que resumió su éxito en esa empresa. ¡Sintió que su corazón latía con toda la bondad a la que es capaz el ser humano! Esa diminuta acreción fue inherente a su orgullo por encontrar siempre soluciones en épocas de crisis. Por centurias las mujeres habían sabido cómo resolver los problemas domésticos apenas estos asomaban sus cabezas de ratón.

Así se labró una mortecina amistad entre Ricardo Rojas y la mujer, y al despedirse, el operario le insistió que no contara a sus patrones el trato que habían hecho (que a partir de la sucesión de días y noches se convertiría en una casualidad más, una de miles). Debían olvidar lo que habían hecho y volver a sus tareas habituales. Entre él y ella había que tejer un verdadero compromiso con el silencio; la corrección que Rojas

había hecho en el baño había requerido de ese concierto armonioso.

Ella debía anular el deseo de contar lo magnánimo que fue, para no tener problemas. Le rogó que le hiciera ese bien, porque temía ser despedido: la discreción era fundamental! La mujer aceptó suprimir cualquier palabra que tergiversara a través de la verdad, lo que con diligencia Ricardo Rojas había hecho. Fue un pacto que se realizó a partir de la lucidez, el libre albedrío, y fue sellado con un mecánico gesto y una insignificante pantomima.

A la llegada de Abel Waichman a su hogar, Mariela le sonrió de una punta a otra de su rostro, dedicando sus primeras palabras a elogiar su juicio que siempre estuvo en un plano superior al de su esposo (tal vez por ser mujer: el hombre tendía a paralizarse frente a repulsivos inconvenientes). "Son las mujeres las que ganan batallas mientras los hombres mueren en las guerras", dijo con un tono fascinado y elevándose a lo más alto que le permitía su baja estatura. Tal vez la intuición marcaba la superioridad de la mujer que nunca necesitaba estudiar exhaustivamente las cosas.

Abel la escuchó, notando lo obstinado de su alegría, y le pareció bien que la cuenta de esa reparación fuera para el conjunto de propietarios que formaban el consorcio, aunque Mariela también le había dado al plomero un suculento premio. Sin duda había mucho de cierto en su perspectiva de buscar el camino más corto y eficaz. A todo aquello, Abel admitió como razonable, y si algo le había soñado indebido, lo desdeñó olímpicamente. Él siempre había enfatizado al lado práctico sobre las vacilaciones teóricas.

Pero hete aquí que ahí no terminaron las cosas... pronto se dieron cuenta que el retrete seguía propenso a tirar agua afuera. Igual que antes que el operario llegase con sus descalabrados palabreríos. ¡El optimismo y buena voluntad de ese hombre de SAS Sanitarios no había bastado para acabar con el desarreglo! Había herido al núcleo racional de esa situación con sus truculencias y aptitud teatral para complicar lo simple.

Abel Waichman efectuó un intenso examen del artefacto, y determinó con la furia natural de quien descubre una estafa, que el tal Ricardo Rojas no había hecho nada en especial, a no ser toquetear un poco al caño para crear la apariencia que el retrete desagotaba sin problemas. Él destruyó los términos de un tratado de acuerdo a un burlón absurdo. ¡De ninguna forma, Abel aceptaría que él no había sabido de que se trataba aquello! "El tal Rojas fue un canalla que no se condujo con la verdad, y eso terminará aplastándolo", dijo Abel Waichman en una reflexión que en segundos se convirtió en lucha feroz, con sus apretadas manos tocando sus labios y nariz, en posición de rezo.

El haber descifrado esa trampa también colocó rictus irónicos en el rostro de Abel: Rojas había embromado a su mujer, cuyo atolondramiento le hacía ignorar prudencias primordiales. Ahora le tocaba a él acabar con esa problemática de acuerdo a los límites impuestos por su inteligencia.

Mariela experimentó la reversión de su orgullo en una gran humillación, y afeó momentáneamente su rostro para jurar que nunca más confiaría en la honestidad de la gente. Especialmente aquella que clamaba tener conocimientos y poder para detener la adversidad. Resultaba claro que a las personas de buen corazón les era difícil distinguir al desleal del bueno, durante la imprecisa afluencia de lo cotidiano. Para justificarse ensayó esta explicación: "Las hierbas malas con escasas raíces soportaban mejor que los viejos y arraigados árboles, a los destructores vientos de las mentiras".

II

Al otro día, domingo, Abel llamó a SAS Sanitarios, y con una voz que concluyó con risitas, explicó detenidamente ese desperfecto que tenía un aspecto ligeramente monstruoso, ya que su esposa había dado a Ricardo Rojas un generoso donativo. No le importó denunciarlo con todas las letras, tirando a tierra el pacto de confidencialidad en el que Mariela había incidido ingenuamente, ya que el perjuicio que Rojas le causó, había sido principalmente moral. ¿Cómo no ejercer una reconfortante venganza cuándo ésta estaba tan a la mano? Abel quiso empalmar lo que Mariela había pagado con lo que esa empresa debía hacer, sin que algún trastabillado parásito se aprovechara; abolir el daño que Rojas le había hecho, sin que hubiera confrontaciones que atrajeran más oscuridad al asunto.

Pronto se hizo presente en la puerta de su hogar otro operario de SAS Sanitarios quien miró con ojos incrédulos ese zafarrancho, y en forma poco memorable confirmó el diagnóstico del primer plomero: ningún procedimiento que se hiciera para solucionar la cuestión, correspondía que fuera pagado por la Administración del consorcio. La cuestión quedó zanjada y él no estaba para engañar a nadie; no daría raras vueltas: se iría rápidamente porque esos olores eran muy difíciles de soportar.

Sin embargo, dio a entender que él podría brindar sus servicios particulares por un pago. Cómo en ese momento no se encontraba restringido por otras labores, hacer ese trabajo le era enteramente plausible. Eso no era nada contradictorio, sino un aplicarse a las labores que contarán con una seria garantía. Abel, en cuyo rostro se apreció un ascendente disgusto, le preguntó cuánto costaría... y pensó que ese hombre no había distinguido que estaba hablando con Abel Waichman y no con la pobre Marielita

No lo fustigó ni lo menospreció, sólo le preguntó el precio mientras calculaba el tope de lo que hubiera estado dispuesto a pagar (aunque en su mente ya había optado que llamará a gente más metódica, y que no negociaría nada con rufianes). El segundo operario se rascó la cabeza, como pensando, y para representar que aquello no era una circunstancial invención, y le dijo dos mil pesos. En seguida afirmó junto con un suspiro que garantizaría el éxito de esa delicada operación. Ese hombre cuyo cuerpo tenía forma de manzana, reproducía con desvergüenza lo que el día anterior había hecho Rojas con exitoso histrionismo.

Abel Waichman cerró los ojos, evitando que sus íntimas alteraciones se traslucieran en su cara. Tenía conciencia que lo que se presentaba ahí era una disputa intencional. Luchando contra el mal humor, sonrió (forzó sus labios a dilatarse en ángulos distantes) ... por supuesto que ese caradura no se saldría con la suya. Era asombroso que pese a la mala experiencia que habían tenido con Rojas, el otro operario también pretendiera embaucarlos. Dispuesto a perder los ochocientos pesos que su mujer había entregado a Ricardo Rojas por algo que no había hecho, y afirmado en la idea que mejor era terminar de una vez con ese asunto (sin ser acusado de matar a alguien), invitó al segundo operario de SAS con reticentes gestos de molestia a que se retire. Debían buscar un tonto en otro lado para variar, y no querer caer dos veces sobre los mismos incautos. Vigorosamente sostuvo para sí, que se había declarado una guerra entre la familia Waichman y esa empresa de mala muerte. Y a partir de ahí seleccionarían mejor a quienes dejarán entrar a su domicilio, aunque éste se estuviera derrumbando.

El segundo operario partió haciendo comentarios con la boca cerrada... no se le entendió mucho, a no ser que moldeaba en su espíritu a bastante bronca por haber sido molestado en un domingo. En cambio, en Abel no hubo una excedente confusión, y ni siquiera volcó en su mujer a un ofendido discurso. Sólo prendió el televisor, como tenía sed tomó un poco de cerveza y rápidamente cambió de canal para ver cuáles eran las tendencias que presentaba el dólar.

III

Al día siguiente (lunes, primer día laboral), Abel se contactó con un amigo, quién le mandó un plomero que, colocándose guantes de látex hizo el sucio trabajo con un método admirable por lo simple, y consiguió al fin destapar la cañería para que el agua fluyera normalmente. ¡Sólo se requirió de un hombre que no temiera sumergir su mano en la inmundicia! ¿El costo?: ese plomero llamado Juan Gerónimo Herrera, no quiso cobrar más que trescientos pesos. ¡Fue una suerte y sorpresa encontrar al fin un hombre honesto! Ahora los Waichman podían retomar su vida normal, gracias a que Juan había hecho ese valioso trajín.

Reponiendo en su rostro a una sonrisa y palmeando al hombro izquierdo de ese buen hombre, Abel Waichman le pagó y después de organizarle una volcánica despedida, se sentó en la mesa del comedor, hambriento y dispuesto a almorzar. Había apretado varias veces al botón que arrojaba las cargas del inodoro, para comprobar que nada había sido subvertido para crear otro cuento rutilante, y bastaban pocos segundos para que el retrete nuevamente se esclareciera con aguas tan límpidas, que adentro podrían nadar pececillos de colores. Todo bien si termina bien... no avizoró más dificultades después de ese arreglo, y podría dedicar su tiempo a otras cruciales cuestiones.

Pero no fue así. A fin de mes lo llamó por teléfono el administrador del consorcio (sí, el mismo con el que era un calvario comunicarse cuando algo no funcionaba). Éste le preguntó si ya no tenía problemas con los caños de la columna, porque le habían llegado dos facturas de SAS Sanitarios, correspondientes al sábado 5 y domingo 6 de ese mes. Esa especial situación lo había limitado bastante en su presupuesto; la empresa quería proceder al cobro, y lo ubicaban a él como beneficiario de su espontánea auxilio.

Abel Waichman quedó atónito ante ese dislate. Su furia fue similar a la de un primate porque ahí había una gran injusticia y no se trataba de una errónea interpretación. ¡Esa empresa a pesar de lo que había hecho (o lo que no había hecho) tenía el tupé de querer cobrar al consorcio! Aquello era una desdeñable trampa; había en esa construcción la indiscutida matriz del engaño. ¡No podía permitir que SAS Sanitarios actuara con impunidad sin hacer una adecuada crítica! Rápidamente programó una nueva venganza, y refrenándose un poco su lengua para no parecer demasiado pasional, contó al administrador todo tal cómo había pasado, consiguiendo tomar un sorbo de aire recién cuando finalizó. Había un secreto fanatismo en su posición enérgica. Al fin (se dijo) había logrado que la verdad brillara como el sol, sobre las detestables nieblas de las mentiras. Más tranquilo atenuó sus reflejos vindicativos y endulzó su lenguaje; comenzó a respirar ordenadamente como si estuviera haciendo yoga.

Al decidir proteger los intereses comunes, había denunciado esa estafa por el bien del consorcio, y exigió que inmediatamente se dejara de operar con SAS Sanitarios. Esa empresa consistía en una ficción, una negación del servicio, una entelequia llena de desparpajo. Y ya no hablaba como alguien que fue golpeado en su talón de Aquiles, ni sufrió una penosa experiencia, por el contrario, conservaba la suficiente objetividad y prestancia de espíritu.

¡Abel procuró aliarse con el administrador para luchar contra SAS; ¡impregnado de genuinas convicciones morales, pidió una correcta selección de las empresas que se contrataran! Había que eludir a fantasmales corporaciones que estafaban a la gente. Sin embargo, el

administrador se limitó a decir que esas facturas ya habían sido emitidas, por lo que había que pagarlas. ¡Él no estaba autorizado a tomar irregulares decisiones! Así terminó esa conversación telefónica con algo indiscernible.

Las novedades llegaron a la familia Waichman con la nueva liquidación de expensas. La habían tirado por debajo de la puerta como era habitual (por el mismo sitio por el que se introducían cimarronas cucarachas). Abel detuvo su vista con pavor en la columna en donde estaba impresa la cifra de gastos extraordinarios: ¡Le habían imputado tres mil pesos de deuda, por las visitas que habían hecho dos operarios de la firma SAS Sanitarios, durante los días 5 y 6 del mes previo!

Abel Waichman gritó, se enojó con el administrador y quedó en que iría a hablar con su abogado, pero al final ese hombre íntegro que había actuado como un empecinado justiciero, no tuvo más remedio que pagar.

Fin (9-2-2018)